

LA EDAD DE LA MUJER MASCARA DE UNA OPRESION

«¿CUANTOS años tiene?». La pregunta va dirigida a una mujer «de cierta edad», como suele decirse discretamente. La edad de la mujer puede oscilar entre los veintipocos años y los cincuenta y tantos. Si la pregunta tiene un carácter impersonal —si se trata, por ejemplo, de información rutinaria solicitada con vistas a la concesión de un permiso de conducir, una tarjeta de crédito, un pasaporte—, la mujer no tendrá seguramente más remedio que confesar su auténtica edad. Si se trata de rellenar un formulario solicitando licencia para contraer matrimonio, y el futuro marido es algo más joven que ella, la mujer tratará de quitarse años, aunque tal vez no lo haga. Si lo que busca la mujer es trabajo, como quiera que las probabilidades de conseguirlo dependen en parte de cual sea su edad, la mujer mentará si es que puede hacerlo impunemente.

Si visita a un médico por vez primera, la mujer seguramente confesará su verdadera edad, pero tratará de que su respuesta pase inadvertida. Ahora bien, si la pregunta es de tipo «personal» —si se la hace un nuevo amigo, un conocido, el hijo de un vecino, un compañero de oficina, almacén o fábrica—, la respuesta de la mujer es más difícil de predecir. Tal vez eludirá la pregunta con una broma o la rechazará con juguetona indignación: «¿No sabe usted que a una mujer no se le pregunta su edad?». O tras un momento de desconcierto, confesará su edad en un tono de desafío. O tal vez sencillamente mienta. Pero sea cual sea su respuesta, lo cierto es que esa pregunta resulta siempre desagradable. Para una mujer de cierta edad constituye una dura prueba el tener que confesar los años que tiene.

Si la que se lo pregunta es otra mujer, no se sentirá tan amenazada como cuando es un hombre el que la interroga. Al fin y al cabo, todas las mujeres comparten el mismo potencial de humillación. Si la pregunta la hace otra mujer, no sentirá la misma timidez. De todas formas, tal vez le desagrade tener que contestar, y así puede ser que no diga la verdad. Si se exceptúan los casos burocráticos, el hecho de preguntar a una mujer los años que tiene —después de «cierta edad»— equivale a ignorar un tabú, cuando no a pecar de descortés o mostrar hostilidad hacia

la otra persona. Casi todo el mundo reconoce que una vez pasada cierta edad —una edad, por otro lado, a la que la mujer es todavía bastante joven—, los años que ésta tiene no deben, legítimamente, ser objeto de la curiosidad de nadie. Pasada la niñez, el año de nacimiento de una mujer se convierte en algo privado, en una especie de sucio secreto. Dar una respuesta veraz es pecar de indiscreción.

La desazón que siente una mujer cada vez que confiesa su edad es independiente de esa ansiedad que la conciencia de la propia mortalidad produce a veces

continuar el viaje. Pero el dolor objetivo y sagrado de la vejez es distinto de ese otro dolor subjetivo y profano de cumplir años. La vejez es una prueba auténtica, una prueba que los hombres y las mujeres sufren de un modo semejante. El temor a cumplir años está, por el contrario, relacionado con la imaginación —es una enfermedad moral, una patología social—, y resulta significativo el hecho de que afecta mucho más a las mujeres que a los hombres. Son las primeras quienes más disgusto e incluso vergüenza experimentan al cumplir años (lo que no tiene nada que ver con la vejez objetiva a que aludí antes).

gente se deja influir por las imágenes comercializadas de lo que deben ser la felicidad y el bienestar personales, y en el marco de este nuevo conjunto de imágenes destinadas a estimular los niveles de consumo, la metáfora más popular de la felicidad es la «juventud» (Se trata de una metáfora y no de una descripción literal. La juventud es una metáfora de energía, movilidad y apetito siempre insatisfecho: equivale a un constante «desear».) Esta asimilación del bienestar a la juventud nos hace conscientes de nuestra propia edad, de la nuestra y de la de los que nos rodean. En las sociedades primitivas y premodernas, la gente concede mucha menos importancia a las fechas. Cuando las vidas se dividen en largos periodos caracterizados por responsabilidades estables e ideales (e hipocresías) firmes, el número exacto de años que uno ha vivido se convierte en un hecho trivial; no hay apenas razón alguna para mencionar, ni siquiera para tener en cuenta el año en que uno ha nacido. En las sociedades no industriales, mucha gente no sabe exactamente los años que tiene. Por el contrario, en las sociedades industriales, la gente está obsesionada por los números. En una época en que la duración media de la vida crece continuamente, el equivalente a los dos tercios de la vida de una persona se ve ensombrecido por la aguda aprensión de una pérdida irreparable.



SUSAN SONTAG

La autora de este trabajo nació en Nueva York en 1933. Ha publicado artículos y críticas en las más importantes revistas norteamericanas. Es asimismo autora de algunas novelas, así como de un libro sobre el Vietnam del Norte titulado «Trip to Hanoi» («Viaje a Hanoi»). Últimamente se ha dedicado también al cine en calidad de directora. En España es conocida, fundamentalmente por un desmitificador libro de ensayos que bajo el título de «Contra la Interpretación» publicó hace algunos años la editorial Seix Barral.

en el ser humano. Es normal que a una persona, hombre o mujer, no le agrade la idea de envejecer. Cumplidos los treinta y cinco, al mencionar la edad que uno tiene, resulta difícil evitar el pensamiento de que se está probablemente más cerca del final que del comienzo de la vida. No hay en esa ansiedad nada de irracional. Como no hay tampoco nada de anormal en la angustia y la ira que sienten los viejos, la gente que ha cumplido los setenta y ochenta, frente al implacable debilitamiento de su capacidad física y mental. La vejez constituye, sin duda, una dura prueba, a despecho del estoicismo con que uno pueda aceptarla. Es un naufragio, sea cual fuere el coraje con que el viejo insista en

Los privilegios emocionales que concede esta sociedad a la juventud, hacen que todo el mundo sienta cierta ansiedad ante el hecho de hacerse viejo. Todas las sociedades urbanas modernas —a diferencia de las sociedades tribales y rurales— muestran condescendencia para con los valores de la madurez y magnifican las alegrías de la juventud. Esta re-evaluación del ciclo vital a favor de los jóvenes es útil a una sociedad secular cuyos ídolos son una productividad industrial en constante aumento y una ilimitada «canibalización» de la Naturaleza. Tal sociedad debe recrear los ritmos vitales para animar a la gente a comprar más, a consumir y a considerar rápidamente los objetos como inservibles. La

El prestigio de la juventud afecta en cierto modo a todos los miembros de esta sociedad. Los hombres también están sujetos a depresiones periódicas motivadas por el temor a envejecer; por ejemplo, cuando se sienten inseguros o insatisfechos, o cuando creen que no ganan lo suficiente. Pero los hombres rara vez sienten el mismo pánico que las mujeres ante la idea de envejecer. Para un hombre, envejecer es menos hiriente que para una mujer, porque al margen de la propaganda sobre la juventud, que los obliga a ambos a adoptar una posición defensiva una vez superada cierta edad, existe una evidente discriminación de la que las mujeres son víctimas. La sociedad se muestra mucho más permisiva hacia los hombres, del mismo modo en que tolera más fácilmente las infidelidades de los maridos. A los hombres se les «permite» —en ve-

La convención social, según la cual la edad magnifica al hombre, pero destruye progresivamente a la mujer, es un instrumento de opresión. Si pretenden, pues, liberarse, las mujeres han de "desobedecer esa convención".

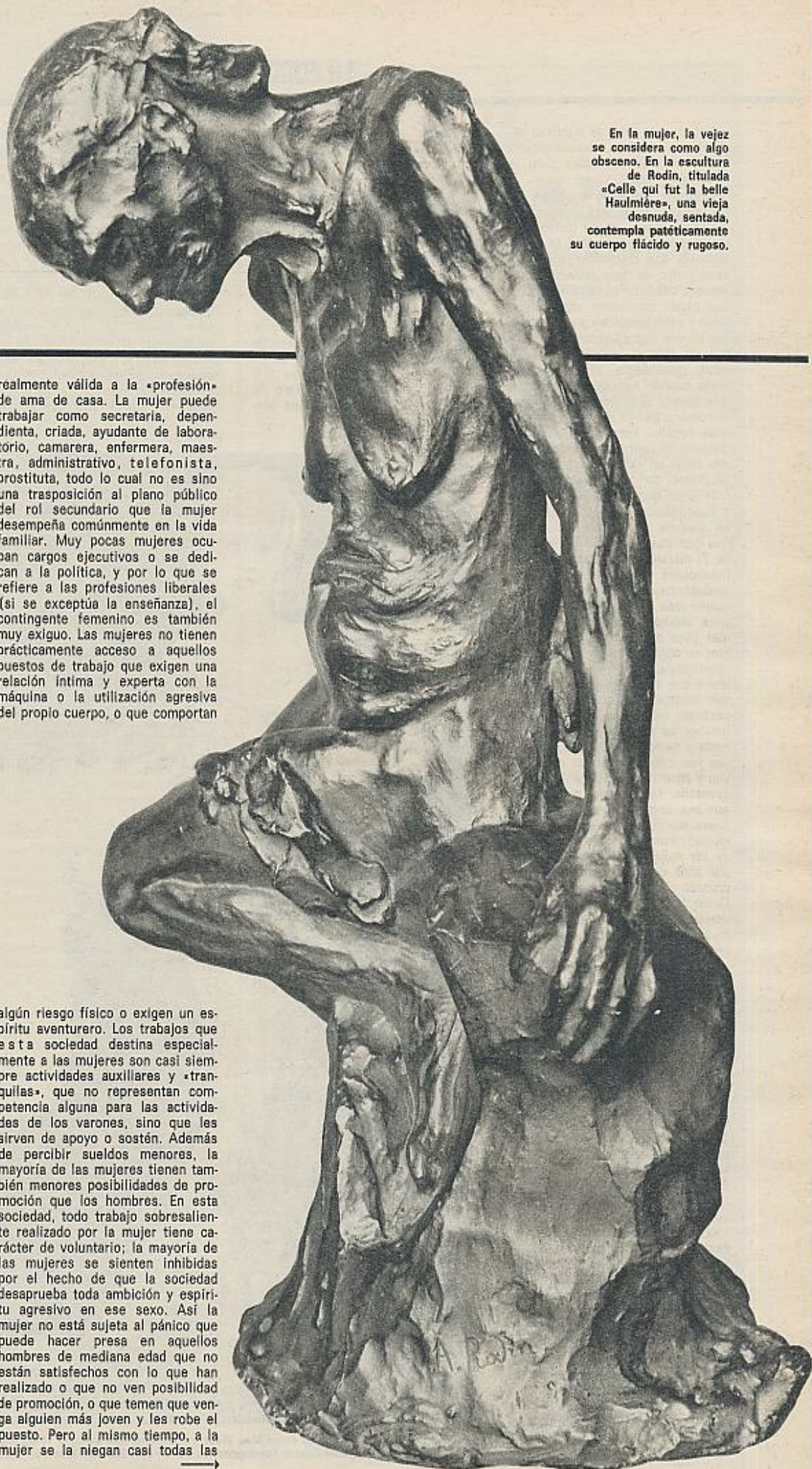
sentidos— envejecer, sin que se les impongan penalidades como las que se aplican a la mujer. La atracción física cuenta mucho más en una mujer que en un hombre: ahora bien, la belleza, que en la mujer se identifica con la lozanía juvenil, no resiste bien el paso del tiempo. La capacidad mental puede aumentar con la edad, pero a la mujer sólo se le permite ser «diletante» en el terreno intelectual. La mayoría de los conocimientos prácticos que se consideran propios de las mujeres son ejercitados a edad bastante temprana, y no son de los que pueden incrementarse con la edad. A la «masculinidad» se la identifica con la competencia, la autonomía, el autocontrol, cualidades todas para las que el paso del tiempo no supone ninguna amenaza. En casi todas las actividades propias del hombre, si se exceptúan los deportes físicos, la competencia aumenta con la edad. La «femineidad», por el contrario, se identifica con la incompetencia, el desamparo, la pasividad, la falta de competitividad, la simpatía. Estas cualidades no mejoran con la edad.

EN la clase media, los hombres se sienten amenazados por el paso del tiempo —aunque sigan siendo jóvenes— cuando por alguna razón no se han distinguido en sus carreras o no han ganado mucho dinero. (Y sus tendencias hipocondríacas se agravarán cuando esos hombres lleguen a los cincuenta, pues a sus viejos temores se añadirán otros nuevos: el de perder la virilidad o sufrir algún ataque cardíaco, por ejemplo.) Esta crisis tiene su origen en las presiones a que están sometidos esos hombres, de los que se espera que alcancen el éxito profesional, pues es esto lo que define precisamente su pertenencia a la clase media. Raramente las mujeres sufren ese tipo de ansiedad. El trabajo que las mujeres realizan fuera del hogar rara vez llega a satisfacerlas plenamente: es tan sólo un modo de ganar dinero; la mayoría de los trabajos a que tiene hoy por hoy acceso la mujer se basan en la explotación de aquello para lo que ha sido formada desde la niñez: se la ha enseñado a servir, a actuar a la vez como sostén y como parásito, a no tener espíritu aventurero. La mujer puede realizar trabajos poco especializados en la industria ligera, pero ésta no es una alternativa

realmente válida a la «profesión» de ama de casa. La mujer puede trabajar como secretaria, dependienta, criada, ayudante de laboratorio, camarera, enfermera, maestra, administrativo, telefonista, prostituta, todo lo cual no es sino una trasposición al plano público del rol secundario que la mujer desempeña comúnmente en la vida familiar. Muy pocas mujeres ocupan cargos ejecutivos o se dedican a la política, y por lo que se refiere a las profesiones liberales (si se exceptúa la enseñanza), el contingente femenino es también muy exiguo. Las mujeres no tienen prácticamente acceso a aquellos puestos de trabajo que exigen una relación íntima y experta con la máquina o la utilización agresiva del propio cuerpo, o que comportan

algún riesgo físico o exigen un espíritu aventurero. Los trabajos que esta sociedad destina especialmente a las mujeres son casi siempre actividades auxiliares y «tranquilas», que no representan competencia alguna para las actividades de los varones, sino que les sirven de apoyo o sostén. Además de percibir sueldos menores, la mayoría de las mujeres tienen también menores posibilidades de promoción que los hombres. En esta sociedad, todo trabajo sobresaliente realizado por la mujer tiene carácter de voluntario; la mayoría de las mujeres se sienten inhibidas por el hecho de que la sociedad desapruueba toda ambición y espíritu agresivo en ese sexo. Así la mujer no está sujeta al pánico que puede hacer presa en aquellos hombres de mediana edad que no están satisfechos con lo que han realizado o que no ven posibilidad de promoción, o que temen que venga alguien más joven y les robe el puesto. Pero al mismo tiempo, a la mujer se la niegan casi todas las

En la mujer, la vejez se considera como algo obscuro. En la escultura de Rodin, titulada «Celle qui fut la belle Haulmière», una vieja desnuda, sentada, contempla patéticamente su cuerpo flácido y rugoso.



LA EDAD DE LA MUJER

satisfacciones que los hombres reciben del trabajo, satisfacciones que a menudo aumentan con la edad.

Esta discriminación existente entre hombres y mujeres alcanza una evidencia brutal en el terreno de los sentimientos sexuales, que presuponen una disparidad entre un sexo y otro, en clara desventaja del llamado débil. En nuestra sociedad, una mujer que tenga entre diecisiete y veintitantos años puede confiar en que logrará atraer a un hombre de más o menos su misma edad. (Idealmente, el hombre debería superar ligeramente en edad a la mujer.) Si la joven atrae, pues, al hombre, ambos se casarán y tendrán familia. Pero si el hombre, después de varios años de matrimonio, tiene un «affaire», será probablemente con una mujer mucho más joven que su esposa.

Supongamos que el matrimonio se divorcia cuando ambos cónyuges han pasado ya de los cuarenta. El marido tendrá bastantes probabilidades de casarse otra vez, y probablemente lo haga con una mujer más joven. Su antigua esposa tendrá muchos más problemas para contraer nuevo matrimonio; en cualquier caso, le será casi imposible encontrar un marido más joven que ella, y tendrá a lo sumo que contentarse con un hombre bastante más viejo que ella, un hombre de sesenta y tantos o setenta y tantos. Un hombre, aunque sea feo, puede encontrar mujer joven y atractiva, incluso a edad muy avanzada. Una mujer, por guapa que sea, deja de interesar a los varones mucho antes (excepto a los viejos). Por eso, para la mayoría de las mujeres, el hecho de cumplir años constituye un humillante proceso de descalificación sexual. Como la mujer está en edad de merecer sólo mientras es realmente joven —pasada cierta edad, su valor sexual decrece vertiginosamente—, las mujeres, aun las jóvenes, se sienten forzadas a una carrera contra reloj. Y así se consideran viejas en cuanto dejan de ser extremadamente jóvenes. Este no es el caso de los varones. Lo que atrae a la mujer en un hombre no está en absoluto ligado a la juventud. Por el contrario, la edad favorece a los varones, por cuanto su valor como amantes o maridos depende más de sus realizaciones personales que de su aspecto físico. Muchos hombres tienen más éxito con las mujeres a los cuarenta que a los veinte y veinticinco años; la fama, el dinero y sobre todo el poder sirven de incentivos sexuales. (Con las mujeres ocurre lo contrario: una mujer que ha logrado triunfar en una profesión competitiva o en alguna carrera de tipo comercial, ejerce menor atractivo sobre los hombres. Estos se confían casi siempre sexualmente intimidados por ese tipo de mujeres, tal vez porque les resulta más difícil tratarlas como puros objetos sexuales.) Es verdad que a medida que envejecen, los hombres pueden sentir ansiedad por la disminución de su capacidad sexual; sin

embargo, esto no representa un obstáculo insalvable, por cuanto un varón puede generalmente, si se lo propone, encontrar compañera. Mientras sea capaz de hacer el amor, un hombre puede conseguir mujer. La mujer está, por el contrario, mucho más limitada por la edad y el aspecto físico.

Como quiera que a una mujer se le supone una vida sexual mucho más restringida que la de un hombre, una mujer que no ha contraído nunca matrimonio se convierte en objeto de compasión. Si no se ha casado, es porque nadie la ha considerado aceptable, y el tipo de vida que lleva constituye una con-

firmación clara y evidente de su inaceptabilidad. Los que la conocen consideran desconcertante su supuesta falta de oportunidades sexuales. No ocurre lo mismo con un hombre. Un hombre soltero no es objeto de juicios tan crueles y severos. Se supone que al hombre no le faltan oportunidades, que puede tener una vida sexual activa. La humillante condición de vieja solterona no tienen parangón en el sexo opuesto. La palabra «señor» es aplicable al varón desde su infancia hasta su senilidad. Esta aplicación le exime del vergonzoso estigma que representa para una mujer madura el tener que utilizar

delante de su apellido la palabra «señorita». (El hecho de que las mujeres se dividan en «señoras» y «señoritas», que define la situación de una mujer con respecto al matrimonio, refleja la creencia generalizada de que el estado civil es mucho más importante en el caso de una mujer que en el de un hombre.)

PARA una mujer que ha dejado de ser particularmente joven, el hecho de contraer matrimonio representa un gran alivio. El matrimonio es como un bálsamo que calma el punzante dolor que produce en la mujer el paso de los años. Pero su ansiedad nunca se calma por completo, pues sabe que si se viese obligada a entrar de nuevo en el mercado del sexo pasados algunos años —si se divorciase, si quedase viuda o si necesitase vivir una aventura erótica—, sufriría un handicap mucho más grave que cualquier hombre de su edad, y ello independientemente de su físico. Sus realizaciones profesionales, si es que tiene alguna carrera, no constituyen ningún activo. El calendario es el árbitro definitivo.

Es verdad que el calendario está sujeto a variaciones según los países. En España, Portugal y países latinoamericanos, las mujeres dejan de estar en edad de merecer antes que en los Estados Unidos. En Francia, esa fecha se retrasa un poco con respecto a esos países. En Francia la mujer de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años cumple un rol cuasi-oficial como iniciadora en las prácticas del amor de algún jovencito tímido o sin experiencia, después de lo cual es sustituida —naturalmente— por una muchacha joven. (Chéri de Colette ofrece, dentro de la literatura de ficción, un ejemplo clásico de este tipo de relaciones; en las biografías de Balzac abundan ejemplos de lo mismo sacados de la vida real.) Este mito sexual hace que la mujer francesa no se sienta tan angustiada por la llegada de los cuarenta. Sin embargo, la actitud básica frente a la mujer no varía sustancialmente de un país a otro.

El proceso de envejecimiento varía igualmente según la clase social. Los pobres envejecen físicamente antes que los ricos. Pero la ansiedad al respecto es mucho más común y también más aguda entre las mujeres ricas y las pertenecientes a la clase media que entre las de la clase obrera. Las mujeres económicamente débiles adoptan una actitud más fatalista en relación con ese proceso natural; saben que no pueden permitirse el lujo de participar activamente en la batalla de los cosméticos. Nada indica tan claramente el carácter ficticio de esta crisis como el hecho de que las mujeres que más tiempo logran conservan un físico joven, las mujeres que llevan una vida más cómoda, que siguen una dieta más equilibrada, que pueden



Incluso las excepciones, tales como Mae West y compañía, son siempre fotografiadas en interiores cuidadosamente iluminados, desde los ángulos más favorecedores.

recurrir a buenos médicos, que no han tenido apenas hijos, son las más preocupadas por el paso del tiempo. La preocupación por el envejecimiento está más relacionada con el juicio de la sociedad que con el hecho biológico en sí. Más aguda que la sensación de pérdida experimentada por la mujer en la menopausia (que, gracias a la gradual prolongación de la vida del ser humano, se produce cada vez más tarde) es la depresión relacionada con el envejecimiento, que no tiene por qué haber sido provocada por ningún hecho real, sino que es algo impuesto artificialmente por la sociedad, que no permite a la mujer imaginarse a sí misma libremente.

LA ópera sentimental-irónica «El caballero de la rosa», de Ricardo Strauss, nos ofrece un relato modelo de una crisis de este tipo. La heroína es una casada rica y excepcionalmente hermosa, que decide renunciar a las aventuras eróticas. Después de pasar una noche con su joven amante, la mariscala inesperadamente se enfrenta consigo misma. Este hecho se produce hacia el final del primer acto; Octaviano acaba de dejarla. Sola en su alcoba, la mariscala se sienta como todos los días frente al tocador. Es el ritual de auto-valoración que practican todas las mujeres. La mariscala se mira al espejo y de repente rompe en sollozos. Ha pasado su juventud. Obsérvese que no se trata de la constatación de una fealdad física. La mariscala sigue siendo tan hermosa como siempre. No, su descubrimiento es de índole moral, es un descubrimiento de su imaginación, pero no por ello menos devastador. Con valentía, la mariscala toma una decisión penosa para ella. Hará de modo que su amante Octaviano se enamore de una muchacha de su propia edad. Ha de ser realista. Ya ha pasado para ella la edad de la aventura amorosa. Ahora es la «vieja mariscala».

Strauss escribió su ópera en 1910. A los aficionados actuales a la ópera les sorprende descubrir que, según el libreto original, la mariscala tiene sólo treinta y cuatro años; hoy en día este papel lo interpretan generalmente sopranos de cuarenta y tantos o cincuenta y tantos años. Si el papel lo interpreta una joven y bella soprano de treinta y cuatro años, como indica el libreto, la aflicción de la mariscala parecería neurótica e incluso ridícula. Muy pocas mujeres se sienten hoy viejas a los treinta y cuatro años. La edad para la «jubilación sexual de la mujer» se ha retrasado gracias a que las personas viven hoy más años que antes. Lo que no ha cambiado es la forma en que la mujer experimenta su propia vida. Más tarde o más temprano se acerca inexorablemente un momento en que la mujer debe resignarse a su «vejez». Y desde un punto de vista objetivo, ese mo-

mento es invariablemente prematuro.

ANTES, la renuncia se producía a una edad más temprana. Hace cincuenta años, una mujer de cuarenta no era vieja, sino que estaba acabada. Era imposible resistirse. Hoy, la rendición no tiene fecha fija. La crisis (hablo sólo de las mujeres en las países prósperos), comienza antes, pero dura más; abarca casi todo el ciclo vital de la mujer. La crisis puede producirse a cualquier edad. Está en función de la concurrencia de dos factores; vulnerabilidad personal —de tipo neurótico— y hábitos sociales. Algunas mujeres no sufren su primera crisis hasta los treinta años; todas se ven afectadas al cumplir los cuarenta. Cada cumpleaños, pero especialmente aquellos que representan el inicio de una nueva década, supone una derrota. Desde que, hace una generación, el fin oficial de la juventud se retrasó hasta los treinta, la edad de veintinueve años resulta molesta. Igualmente difícil es cumplir treinta y nueve; uno está en el umbral de lo que se ha dado en llamar mediana edad. Las fronteras son ciertamente arbitrarias, pero no por ello menos nítidas. Aunque en su cuarenta cumpleaños, una mujer no sea apenas diferente de como era cuando tenía aún treinta y nueve, ese día parece marcar un hito en su vida. Pero antes de cumplir los cuarenta, la mujer habrá tratado de crear defensas contra la depresión que está segura de experimentar llegada esa edad. Una de las mayores tragedias de la vida de la mujer es precisamente la de envejecer; es la tragedia más duradera. Se trata de una crisis que no tiene fin, porque la ansiedad no se consume. Como quiera que es una crisis de la imaginación más que de la «vida real», suele repetirse periódicamente. Estrenada una década, y una vez superado el «shock» inicial, brota en la mujer un instinto desesperado de supervivencia que la ayuda en muchos casos a dilatar la frontera de su declive.

En los últimos años de la adolescencia, la frontera de los treinta parece el final de la vida. A los treinta, uno retrasa esta frontera hasta los cuarenta. A los cuarenta, uno se concede a sí mismo diez años más.

ME acuerdo de la vez que me encontré a la mejor amiga que tenía en la Universidad sollozando amargamente. «Hoy he cumplido los veintiuno, me dijo. Ha pasado la mejor parte de mi vida. Ya no soy joven». Mi amiga estaba a punto de graduarse. Yo, que tenía por aquel entonces sólo dieciséis años, traté de consolarla diciéndole que, en mi opinión, a los veintiún años una persona no era vieja. Para mí cumplir esa edad era algo positivo: significaba poder

La belleza, tarea de la mujer en nuestra sociedad, es el teatro de su esclavitud. Sólo se reconoce un canon de belleza femenina: el tipificado por la muchacha. En la foto, la actriz Ewa Aulin.





La caída del cabello es silenciosa pero la caspa avisa

Siempre empieza así. Un ligero picor, un poco de polvillo blanco, ha llegado la caspa. Para Vd. es un problema social por encima de todo, la caspa da un aspecto sucio, desagradable. Y Vd. procura eliminarla como sea: lavados continuos, champús muy detergentes, etc.

Parece que ha resuelto su problema, pero... Se ha fijado en estos cabellos que caen todos los días? Al principio eran unos cuantos, ahora... Entre la caspa y los productos inadecuados está Vd. acabando con su cabello. Así de claro.

Entonces qué se puede hacer? En primer lugar, enterarse de que la caspa, es una enfermedad del cuero cabelludo causada por agentes múltiples: la suciedad ambiente, un mal funcionamiento glandular, etc.

En segundo lugar, debe Vd. usar diariamente un producto científico, que ofrezca todas las garantías. Nosotros lo tenemos. Es Pantén.

Pantén contiene una sustancia activa, el Pantyl[®], factor vitamínico B que activa la formación de células en el cuero cabelludo, da al pelo las vitaminas necesarias para su normal desarrollo, elimina la irritación de la piel y por tanto la caspa.

Una fricción diaria basta para que Pantén penetre a fondo y mantenga su acción durante horas, vitaminando su pelo desde la misma raíz.

Dándole lo flexibilidad, el brillo,

el aspecto limpio y sano

que nunca debió perder.

Empiece hoy mismo. Haga

que Pantén tome la iniciativa

ahora que está a tiempo.

Le aseguramos que la

caspa nunca va a tener que

avisarle de que algo no

anda bien en su cabello.



PANTEN

tiene vitaminas porque su pelo las necesita

hacerse cargo de uno mismo, ser libre. A los dieciséis yo era demasiado joven para pensar en el modo ambivalente en que esta sociedad exige que una deje de verse a sí misma como muchacha para comenzar a considerarse una mujer hecha y derecha. (En América ese límite de edad puede retrasarse hasta los treinta e incluso más años.) Pero aunque no comprendiese la desesperación de mi amiga, que a mí me parecía absurda, debería haber sido consciente en aquel momento de que en el caso de un muchacho, aquello hubiese sido, no sólo absurdo, sino totalmente inimaginable. Sólo las mujeres se preocupan de la edad de un modo tan patético como inane. Y como ocurre normalmente con todas las crisis falsas, que se repiten una y otra vez (porque el peligro es en gran medida ficticio, un veneno que ataca a la imaginación), mi amiga volvió a sufrir la misma crisis en varias épocas de su vida, y siempre como si fuera la primera vez que le ocurría.

Acudí a la fiesta que dio mi amiga con motivo de su treintavo cumpleaños. Me contó que había tenido varias aventuras amorosas durante su larga estancia en el extranjero; acaba entonces de volver a los Estados Unidos. Cuando yo la conocí en la Universidad, mi amiga era una muchacha de agradable aspecto; entre tanto se había convertido en mujer realmente hermosa. Yo le tomé entonces el pelo, y le hablé de las lágrimas que había vertido al cumplir los veintuno. Mi amiga se rió y dijo que no se acordaba de aquello. Pero añadió apesadumbrada, los treinta ya son otra cosa, esa edad sí que representa el final. Poco después, mi amiga contrajo matrimonio. Ahora tiene cuarenta y cuatro. No se puede decir que siga siendo tan hermosa como antes, pero sí que tiene un gran atractivo, que es encantadora y está llena de vitalidad. Trabaja como maestra de Primera Enseñanza; su marido, que tiene veinte años más que ella, es marino mercante. El matrimonio tiene un hijo de nueve años. A veces, cuando su marido se hace a la mar, mi amiga se echa un amante. Hace poco me dijo que su cuarenta cumpleaños (al que no asistí) había sido el más difícil de todos, y que estaba decidida a aprovechar los pocos años que le quedan. Mi amiga se ha convertido en una de esas mujeres que aprovechan cualquier oportunidad para decir a la gente la edad que tiene en un tono medio de desafío, medio de autocompasión, que tiene cierta relación con el talante de esas otras mujeres que mienten regularmente cuando se les pregunta por su edad. La verdad, sin embargo, es que ahora mi amiga parece lamentarse mucho menos de su edad que hace años, cuando yo la conocí. El hecho de haber tenido un hijo, y haberlo tenido tarde, después de los treinta, la ha ayudado a reconciliarse con su propia edad. Me ima-



Quando unos viejos como Picasso, Chaplin o Pau Casals toman esposas treinta, cuarenta o cincuenta años más jóvenes que ellos, la gente se sorprende, pero lo acepta. (Pau Casals conversa con su esposa.)

LA EDAD DE LA MUJER

gino que cuando cumpla los cincuenta pospondrá aún más valientemente la edad de la resignación.

Mi amiga es, después de todo, un caso bastante afortunado. La mayoría de las mujeres no se muestran tan animosas ni resultan tan inocentemente cómicas en sus sufrimientos. Pero casi todas sufren de un modo u otro la misma crisis. Las leyes de esta sociedad son crueles para con las mujeres. Educadas para no llegar nunca a ser adultas, las mujeres «periclitantes» antes que los varones. De hecho, la mayoría de las mujeres no se liberan, aunque sea sólo relativamente, desde el punto de vista sexual hasta los treinta o treinta y tantos. (Las mujeres maduran sexualmente tan tarde, no por razones biológicas innatas, sino por razones puramente culturales. La energía sexual de la mujer no encuentra las salidas que encuentra la del hombre, por eso las mujeres tardan generalmente tanto tiempo en vencer algunas de sus inhibiciones.) Para cuando una mujer está sexualmente madura, ya ha dejado de atraer sexualmente al varón. La discriminación de que son víctimas las mujeres les impide gozar de los años que van desde los treinta y cinco a los cincuenta, que podrían ser los mejores de su vida desde el punto de vista sexual.

EL hecho de que la confianza que tienen en sí mismas las mujeres dependa de los cumplidos aduladores de que son objeto por parte de los hombres indica hasta qué punto esa discriminación las debilita psicológicamente. Además de las presiones ejercidas constantemente sobre todos los miembros de nuestra sociedad, de quienes se espera que con-

serven su aspecto juvenil durante el mayor número de años posible, en el caso de la mujer entran en juego los valores de la «femineidad», que identifican atracción sexual y juventud. El placer que la mujer puede sentir en la vida resulta amenazado por el paso de los años. La mayoría de los hombres experimentan pesadumbre y aprensión por el paso del tiempo. Las mujeres experimentan además un doloroso sentimiento de vergüenza. Para un hombre, el hecho de envejecer está relacionado con el propio destino. Es algo inherente a todo ser humano. Para una mujer no es sólo eso. Una mujer es un ser humano socialmente limitado, y mucho más vulnerable, por lo tanto, al paso de los años.

Ser mujer es como ser actriz. Ser «femenina» es como trabajar en el teatro, un teatro donde son de rigor determinados trajes, una decoración, una iluminación y unos gestos estilizados igualmente determinados. Desde la niñez se enseña a las niñas a preocuparse de su aspecto físico de un modo exagerado que resulta patológico. Las tensiones de que son objeto las niñas, que se ven obligadas a presentarse como objetos físicamente atractivos, las mutilan hasta tal punto que no podrán nunca convertirse en adultos normales. Las mujeres se miran al espejo mucho más que los hombres. Es virtualmente un deber. Una mujer que no es narcista es considerada como un «bicho raro». Por el contrario, a una mujer que pasa la mayor parte del tiempo tratando de mejorar su aspecto físico, no se la considera en esta sociedad como lo que es: una especie de idiota moral. Antes bien se la tiene por normal, y es objeto de la envidia de otras mujeres a las que el trabajo dentro o fuera de casa o los niños, no les deja

tiempo para esas cosas. La exhibición de narcicismo es constante. Se considera natural que una mujer haga varios mutis en el transcurso de una tarde, una velada en el teatro, una fiesta, para comprobar si el maquillaje sigue en regla, si no se le ha estropeado el peinado o arrugado a blusa. Esta actividad puede practicarse incluso públicamente. En la mesa de un restaurante, a los postres, la mujer echa mano del espejo que lleva en el bolso y delante de su marido o amigos se retoca tranquilamente el maquillaje.

Este comportamiento, que en una mujer se considera como «vanidad» normal, resultaría ridículo en un hombre. Las mujeres son más vanidosas que los hombres debido a las presiones que se ejercen sobre ellas. Los hombres constituyen un todo físico. Las mujeres, por el contrario, están divididas en rostro y cuerpo. El rostro debe ser hermoso. El cuerpo debe atenerse a dos cánones que (según la moda y el gusto) pueden resultar en cierto modo incompatibles entre sí: primero, debe ser deseable, y en segundo lugar, debe ser hermoso. Lo que más atrae sexualmente al hombre en una mujer es el cuerpo y no el rostro. Los rasgos que provocan su deseo —la carnosidad, por ejemplo— no se corresponden generalmente con los cánones de belleza clásicos. (Por ejemplo, el cuerpo femenino ideal, según la imagen formada por la publicidad, es un cuerpo extremadamente delgado; un tipo de cuerpo que resulta más deseable vestido que desnudo). Pero la preocupación de las mujeres por su aspecto físico no está relacionada únicamente con el deseo de atraer directamente al hombre. La mujer trata de fabricarse una determinada imagen de sí misma que le servirá para manifestar su valor y así provocar indirectamente el deseo en el hombre. El valor de una mujer radica en el modo en que ésta se representa a sí misma, y en ello influye el rostro mucho más que el cuerpo. A despecho de las leyes de la simple atracción sexual, las mujeres no dedican a sus cuerpos la máxima atención. El narcicismo de que hace normalmente gala la mujer —el tiempo que pasa delante del espejo— se centra esencialmente en el rostro y los cabellos.

LAS mujeres no tienen simplemente un rostro como ocurre con los hombres; a la mujer se la identifica con su rostro. La relación entre un hombre y su propio rostro es una relación natural. Al hombre no le importa ser feo. Sufren si tienen acné; les fastidia tener ojos pequeños u orejas demasiado salientes; les preocupa la calvicie. Pero el margen de aceptabilidad de un hombre desde el punto de vista estético es mucho más amplio que el de una mujer. Un hombre no tiene que preocuparse de su

rostro; lo único que ha de hacer es mantenerlo limpio. Puede aprovecharse de las opciones que le brinda la propia Naturaleza y adornarlo con un bigote, una barba, cabellos más o menos largos. Pero no tiene necesidad de disfrazarse. El rostro de un hombre, debe reflejar, en todo momento, la edad que tiene. El hombre no necesita manipular su rostro; por eso, en el hombre rostro y cuerpo van inseparablemente unidos: su atractivo radica en la impresión de virilidad y energía que logren comunicar. El rostro de una mujer está potencialmente disociado de su cuerpo. La relación entre ambos no es natural. El rostro de la mujer es el lienzo sobre el que ésta ejecuta una versión corregida, revisada de su autorretrato. Una de las reglas a que ha de atenerse esta creación es la de que el rostro no debe revelar lo que ella no quiere que muestre. Su rostro es un emblema, un icono, una bandera. El peinado, el maquillaje que usa, la calidad de su tez, todos estos son signos no de cómo ella es en realidad, sino de cómo quiere que la traten los demás, en especial los hombres. Le confieren su «status» de objeto.

Los cambios normales que imprimen el paso del tiempo en el rostro de todo ser humano se convierten en auténticos estigmas para la mujer. Desde la más temprana adolescencia, las muchachas aprenden la importancia de proteger sus rostros contra el desgaste del tiempo. Las madres les dicen a sus hijas (pero nunca a sus hijos varones): No llores, que te pones fea. No te preocupes. No leas demasiado. Se debe evitar el llorar, el fruncir el entrecejo, incluso el reír, porque todas estas actividades dejan surcos en el rostro. Estos surcos son algo positivo en el hombre, son signos de carácter. Indican fuerza emocional, madurez, cualidades todas más estimadas en el hombre que en la mujer. (Demuestran que el hombre ha «vivido».) Incluso las cicatrices pueden resultar atractivas en el hombre. En la mujer, por el contrario, una arruga, una pequeña cicatriz, cualquier cosa puede considerarse como una mácula. En la mujer, el carácter se considera algo innato y estático, no producto de una experiencia. El rostro de la mujer no debe reflejar el paso del tiempo, las emociones que ella pueda haber experimentado, los riesgos físicos que haya podido correr a lo largo de su vida. Idealmente debe ser una más cara inmutable. El rostro femenino ideal es el de Greta Garbo. Como quiera que a la mujer se la identifica con su rostro mucho más que a un hombre, y el rostro femenino ideal es un rostro «perfecto», sufrir un accidente que se lo desfigure es trágico para ella. Una nariz rota, una cicatriz, una quemadura constituyen para una mujer otras tantas heridas psicológicas; objetivamente disminuyen su valor. (Casi todos los que se someten a operaciones de cirugía plástica son mujeres.)

A los muchachos se los incita a

desarrollar el propio cuerpo, a considerarlo como un instrumento susceptible de perfeccionamiento. Los ejercicios físicos y el deporte endurecen el cuerpo y fomentan en los muchachos el espíritu competitivo; la vestimenta contribuye sólo de modo secundario al atractivo varonil. A las muchachas no se les anima a desarrollar sus cuerpos mediante actividad alguna; la fortaleza y la resistencia físicas no tienen apenas valor en una mujer. Las muchachas han de recurrir a los vestidos y otros signos puramente externos para resultar atractivas y así conquistar al varón. Cuando los muchachos se vuelven hombres pueden seguir practicando algún deporte (especialmente si desarrollan un tipo de trabajo sedentario). La mayoría de los hombres no se preocupan de su aspecto físico: desde pequeños se los ha enseñado a aceptar lo que de la Naturaleza han recibido. (Los hombres pueden volver a realizar ejercicios físicos después de los cuarenta, pero sólo por razones de salud, en los países ricos el temor a los ataques cardíacos se extiende entre los hombres de mediana edad como una auténtica epidemia.)

ESTA sociedad permite a los hombres mantener con sus propios cuerpos una relación más positiva de la que mantiene la mujer. Los hombres se sienten siempre más «a gusto» que las mujeres con sus propios cuerpos independientemente de si los emplean agresivamente o de modo más o menos natural. El cuerpo masculino se define normalmente como un cuerpo fuerte. No existe en él contradicción entre lo atractivo y lo práctico. Un cuerpo femenino, para resultar atractivo, debe ser frágil y ligero. (De ahí que las mujeres se preocupen mucho más que los hombres del peso.) Cuando una mujer realiza ejercicios físicos, se preocupa de evitar aquellos que puedan desarrollar sus músculos, especialmente los de sus antebrazos. Ser «femenina» es tener un aspecto frágil. Así, el cuerpo femenino ideal es un cuerpo poco práctico en las duras tareas de este mundo, un cuerpo que debe ser «defendido» continuamente. Las mujeres no desarrollan sus cuerpos como los desarrollan los hombres. Una vez que el cuerpo de la mujer alcanza su forma sexualmente aceptable hacia el final de la adolescencia, todo desarrollo ulterior del mismo se juzga como negativo. El que una mujer no se preocupe de su propio aspecto físico se considera anormal, irresponsable. La adolescencia es la época de la vida en que más cerca está la mujer de la imagen femenina ideal —cuerpo esbelto, piel suave y firme, musculatura ligera, gracia en sus movimientos—. A partir de ese momento, su deber es tratar de mantener intacta esa imagen ideal durante el más largo tiempo posible. Evitar que sus músculos se endurezcan, tratar de no engordar. [Tal vez el hecho de que en las sociedades modernas las mujeres se muestran políticamente más con-

servadoras que los hombres se deba precisamente a la relación tan profundamente conservadora que mantienen con sus propios cuerpos.]

Pasada la juventud, las mujeres se ven condenadas a protegerse artificialmente contra los embates de la edad. La mayoría de las cualidades físicas que se consideran atractivas en una mujer degeneran mucho antes que sus correspondientes «masculinas». Lo «femenino» es lo suave, pelado, liso, blando, características todas ellas de la más temprana juventud; rasgos débiles y vulnerables, propios del eunuco, como ha señalado Germaine Greer. Ahora bien, sólo durante unos pocos años —última fase de la adolescencia y primeros años de la década de los veinte—, puede una mujer conservar ese aspecto de modo natural; después se verá obligada a retocar y a ocultar con medios artificiales. Quijotesca empresa esta, destinada a colmar el foso existente entre la imagen propuesta por la sociedad (lo que es atractivo en la mujer) y la evolución natural.

Si la mujer vive su propio envejecimiento más profunda e íntimamente que del hombre ello se debe precisamente a que ha de preocuparse en todo momento de ocultar los signos de envejecimiento. La validez sexual de una mujer depende, en gran medida, de su resistencia a esos cambios naturales. Existe todo un mercado de productos cosméticos, una rama particular dentro de la cirugía, y auténticos ejércitos de peluqueros, masajistas, consejeros dietéticos y otros profesionales dispuestos a ayudar a la mujer a retrasar u ocultar la aparición de huellas que son consecuencia inevitable de una evolución biológica normal. La mujer dedica una gran parte de sus energías a luchar contra la Naturaleza, a mantener una apariencia ideal y estática contra los embates del tiempo. Es inevitable que una mujer cambie con los años de aspecto físico. Por exóticas que sean las cremas que se aplique al rostro por estrictas que sean las dietas a que se someta, una mujer no podrá resistir incólume el paso de los años. El parto exige también sus tributos: el torso gana en corpulencia, la piel se dilata. Es imposible impedir la aparición de ciertas arrugas en torno a los ojos y a la boca hacia los veintitantos años. A partir de los treinta, la piel va perdiendo gradualmente su tonicidad. En las mujeres, este proceso totalmente natural se considera como una derrota humillante; en el hombre, por el contrario, los cambios físicos equivalentes no se juzgan del mismo modo.

Por eso si las mujeres experimentan con mayor dolor que los hombres el paso de los años ello no se debe sencillamente a que se preocupan más que éstos de su aspecto físico. También los hombres tratan de conservar su atractivo, pero mientras que la mujer ha de esforzarse en «parecer», a los hombres les basta con «ser» y «hacer». Los cánones de atracción mascu-

lina son mucho menos estrictos que los femeninos: se adecuan a lo que es posible o «natural» para los hombres durante la mayor parte de sus vidas. Los correspondientes cánones de atracción femenina, por el contrario, van contra natura, y a la mujer le cuesta tiempo y trabajo aproximarse a ese imposible ideal. Las mujeres han de esforzarse en aparecer hermosas. Están sometidas a constantes presiones por parte de la sociedad. La fortuna de una mujer depende en mucha mayor medida que la de un hombre de la «aceptabilidad» de su físico. En un hombre, el atractivo físico, la belleza, es un don más, no una necesidad psicológica para conservar el amor propio.

EN nuestra sociedad, por lo menos, la fealdad es menos tolerada en una mujer que en un hombre. Pero una mujer fea no es simplemente repulsiva. La fealdad de una mujer resulta turbadora lo mismo para los hombres que para los miembros de su mismo sexo. Y muchos rasgos que en un hombre se considerarían como tolerables, se juzgan feos en una mujer. Esto no se debe, insisto, a la diferencia entre los cánones de belleza masculinos y femeninos, sino a que los cánones de belleza femenina son mucho más severos que los correspondientes masculinos.

La belleza, tarea de la mujer en nuestra sociedad, es el teatro de su esclavitud. Sólo se reconoce un canon de belleza femenino: el tipificado por la muchacha. Los hombres tienen la ventaja de que nuestra cultura acepta dos cánones de belleza masculina: los tipificados por el muchacho y el hombre. La belleza del muchacho se parece a la de la muchacha. Es un tipo de belleza frágil que florece, naturalmente, sólo en la primera fase del ciclo vital. Por fortuna, los hombres pueden aceptarse a sí mismos bajo otro canon; un hombre no siente pesadumbre cuando su piel pierde la lisura y la suavidad de su juventud, cuando se cubre de vello. En el varón, un tipo de atractivo es sustituido por otro distinto: la piel más oscura del rostro del hombre, vuelta áspera por el afeitado diario, y en la que se aprecian claramente las huellas de las emociones y de la edad. En las mujeres no ocurre nada equivalente. Dentro del sexo femenino sólo existe un canon según el cual la mujer debe tratar de conservar siempre la lisura de su piel. Cualquier arruga, la mínima cana representa para ella una derrota. No es de extrañar, pues, que mientras a los muchachos no les importa en absoluto el convertirse en hombres, el final de la adolescencia constituye un auténtico trauma para muchas mujeres.

Esto no quiere decir que no haya mujeres hermosas de cierta edad. Ahora bien: la belleza está siempre en función del grado de aproximación a ese canon fijo. La mujer de sesenta que sigue siendo hermosa tiene contraída una gran deuda con sus genes. Hay familias en las que

se envejece más lentamente que en otras. Pero la Naturaleza no puede en ningún caso ayudar a la mujer a adecuarse durante toda la vida a ese canon. La mayoría de las mujeres que logran retrasar la aparición de las huellas de la edad son ricas y con frecuencia actrices. (Es decir, mujeres a las que se paga por hacer profesionalmente lo que todas las mujeres practican en calidad de «amateurs»). Mujeres como Mae West, Marlene Dietrich, Stella Adler, Dolores del Río, a las que se admira precisamente porque son excepciones, porque han conseguido (o, por lo menos, las fotografías así parecen mostrarlo) engañar a la Naturaleza. Esos milagros, producto de la Naturaleza con la contribución del arte y del privilegio social, sólo confirman la regla, porque lo que nos resulta atractivo en estas mujeres es precisamente el hecho de que sus rostros no revelan su edad real. La sociedad no nos permite imaginarnos a una vieja hermosa que no trate de ocultar lo que es: una anciana, el equivalente de ese Picasso de noventa años que hemos visto fotografiado a la puerta de su casa del Sur de Francia, vestido solamente con pantalón corto y sandalias. Incluso las excepciones, tales como Mae West y compañía, son fotografiadas siempre en interiores astutamente iluminados desde los ángulos más favorecedores y totalmente, aunque con gusto vestidas. Una mujer mayor es, por definición, sexualmente repulsiva, a menos que conserve un aspecto joven y lozano. El cuerpo de una anciana, a diferencia del de un viejo, es un cuerpo que no puede mostrarse desnudo.

A Si, si las mujeres se disfrazan, se maquillan, se tiñen el pelo, se ponen a réglimen o se someten a operaciones de cirugía estética, no es sólo por parecer atractivas. Son modos de defenderse de la desaprobación social, desaprobación que puede convertirse sencillamente en aversión. La discriminación de que son víctimas las mujeres convierte la vida de éstas en una marcha inexorable hacia una condición en la que no resultan sólo faltas de atractivo, sino sencillamente repugnantes. El terror más profundo de la vida de una mujer es el que supone el momento representado en una escultura de Rodin titulada «La Vejez»: una vieja desnuda, sentada, contempla patéticamente su cuerpo flácido y rugoso. Los pechos caídos, el cuello surcado de arrugas, la piel de las manos cubiertas de manchas, el pelo encanecido y ralo, y las piernas llenas de varices de una vieja se consideran obscenos. En los momentos más espantosos de la imaginación, esta mutación puede producirse con fulgurante rapidez, como en el final de *Horizontes perdidos*, cuando una hermosa joven, a la que su amante saca de Shangri-La, se convierte en cuestión de minutos en una vieja de aspecto repelente. No existe pesadilla equivalente referida al sexo opuesto. Incluso cuando un hombre se viste a



¿Cuándo será posible en nuestra sociedad el equivalente femenino de ese viejo hermoso que era Picasso, al que tantas veces hemos visto en fotografías vestido con un simple pantalón corto y sandalias? (Picasso, en compañía de Chevallier.)

LA EDAD DE LA MUJER

la moda o, como ocurre ahora, usa cosméticos, no espera del maquillaje ni de la vestimenta lo mismo que una mujer.

Una loción facial, un perfume, un desodorante usados por un hombre no forman parte de ningún disfraz. Los hombres no sienten la necesidad de disfrazarse para ocultar los signos de envejecimiento, para disimular la edad como si fuera algo obscuro. Los hombres no están sometidos a la repulsión de que es socialmente víctima un cuerpo femenino que ha dejado de ser joven.

El horror visceral que la sociedad siente ante el envejecimiento del cuerpo femenino es uno de los factores que más contribuyen a convertir a la mujer en víctima. Revela un temor hacia la mujer profundamente arraigado en nuestra cultura, que encuentra reflejo en una demonología femenina cristalizada en una serie de caricaturas míticas, como son la zorra, la virago, la vampira, la bruja, etcétera. Varios siglos de brujofobia, durante los cuales se llevó a cabo uno de los más crueles programas de exterminio de toda la Historia occidental, indican el carácter extremo de este temor. Uno de los sentimientos estéticos y eróticos más profundos de nuestra cultura es el que nos hace ver a la mujer anciana como un ser repulsivo. Se trata de un sentimiento compartido por ambos sexos. (Generalmente los opresores impiden que los oprimidos tengan sus propios cánones de belleza. Y los oprimidos acaban convencidos de que son feos.) Hay un paralelismo entre la posición de la mujer y la del negro en una sociedad que ha llegado a identificar a la belleza con el color blanco. Una serie de «tests» psicológicos realizados en Estados Unidos con niños negros han servido para demostrar lo pronto y lo profundamente que éstos asimilan los cánones de belleza blancos. Virtual-

mente, todos los niños consultados expresaron fantasías indicativas de que consideraban a los negros como feos, sucios, brutales, etcétera. Con la mayoría de las mujeres ocurre algo parecido: parecen odiarse a sí mismas. Al igual que los hombres, encuentran la vejez en la mujer «más fea» que la vejez en el hombre.

Este tabú estético funciona en las actitudes sexuales como un tabú racial. En esta sociedad, a la mayoría de la gente se le pone la carne de gallina con sólo imaginarse a una mujer de mediana edad haciendo el amor con un jovencito, del mismo modo en que a muchos blancos les repugna la idea de que una de su color pueda acostarse con un negro. El drama bastante corriente de un hombre de cincuenta y tantos años que abandona a su esposa de cuarenta y cinco para irse a vivir con una chica de veintitantos no entraña ningún ultraje de tipo sexual, independientemente de la simpatía que pueda sentir la gente por la esposa abandonada. En estos casos la gente se muestra, por el contrario, comprensiva. Todos saben que a los hombres les gustan las muchachas, y que a las jovencitas las atraen con frecuencia los hombres maduros. Pero nadie «comprende» la situación inversa. Una mujer de cuarenta y cinco que abandona a un marido de cincuenta por un joven de veintitantos provocaría un gran escándalo. Nadie expresa asombro ante parejas en las que el varón le lleva a la hembra veinte o más años. Las parejas cinematográficas formadas por Joanne Dru y John Wayne, Marilyn Monroe y Joseph Cotten, Audrey Hepburn y Cary Grant, Jane Fonda e Yves Montand, Catherine Deneuve y Marcello Mastroianni, serían perfectamente plausibles en la vida real. Cuando la diferencia de edad opera en sentido contrario, la gente experimenta una sensación

de disgusto. ¿Os acordáis de Joan Crawford y de Cliff Robertson en *Hojas de otoño*? Pero este tipo de relación es tan raro que apenas si encuentra reflejo en el cine, y cuando lo hace, es sólo como la historia melancólica de un fracaso. Cuando un hombre de veinte años se une en matrimonio a una mujer de cuarenta, se dice que lo que busca no es una esposa, sino una madre; nadie apostaría por el matrimonio. La situación inversa se juzga como normal. Un hombre que se enamora de una mujer que, por atractiva que siga siendo, podría ser su madre, es considerado como un neurótico (víctima de una «fijación edípica» se diría hoy), si no como un ser más o menos despreciable.

CUANTO mayor es la diferencia de edad entre los cónyuges, tanto más evidente es el prejuicio en contra de la mujer. Cuando unos viejos como Justice Douglas, Picasso, Strom Thurmond, Onassis, Chaplin o Pablo Casals toman esposas treinta, cuarenta o cincuenta años más jóvenes que ellos, la gente ciertamente se sorprende, pero lo acepta, atribuyéndole envidiosamente al hombre un atractivo viril especial. La gente se imagina que la joven esposa, respetuosa hacia las conquistas del marido, acepta complacida el convertirse en ayudante suya. En el caso de un hombre, un matrimonio tardío es siempre una buena operación de relaciones públicas. Contribuye a crear la impresión de que, a pesar de su avanzada edad, todavía se puede contar con él; es como un signo de vitalidad que se transfiere también a su arte, sus negocios o su carrera política. Pero el matrimonio entre una mujer anciana y un joven no tendría la misma aceptación. La mujer habría roto un tabú, y la unión no contribuiría a cimentar su prestigio. En lugar de ser admirada por su vitalidad, esa mujer sería considerada como un ser rapaz, caprichoso, egoísta y dado al exhibicionismo. Al mismo tiempo, tal anciana sería objeto de compasión, pues su matrimonio con un joven se consideraría como una prueba palpable de que chocheaba. Si la mujer ocupase algún puesto en el mundo de los negocios, o fuese funcionario público, se convertiría en víctima de la general repulsa. Su credibilidad como profesional se resentiría de ello, pues la gente pensaría que el joven podría tener una influencia nefasta sobre la esposa. Las únicas viejas de las que me acuerdo que se hayan atrevido a contraer este tipo de uniones, aunque fuera siempre hacia el final de sus vidas —George Eliot, Colette, Edith Piaf— pertenecen todas ellas a una categoría de individuos, artistas y gente del espectáculo, a los que la sociedad concede licencia para comportarse de modo escandaloso. Pues se considera escandaloso el que una mujer se olvide de que es vieja, y, por lo tanto, inaceptable para un hombre joven. Sólo el aspecto y una cierta condición física, y no su talento o sus necesidades determinan la calidad

Abierto a todos los puntos de vista.

Así es el Dyane-6. Un coche tan libre como la juventud de muchos de sus dueños.

El Dyane-6, coche de vanguardia, ha empezado por tirar por la borda las cosas viejas, inútiles. Su robusto motor de alta precisión, no tiene ya ni radiador, ni delco, ni manguitos, ni juntas de culata, ni correa de ventilador. No necesita agua ni anticongelante.

Y ha recogido lo positivo: la refrigeración por aire, que le permite mantener altas velocidades indefinidamente, sin miedo a recalentamientos. Infatigable, como los jóvenes. Un tragamillas.

Comprensivo, admite por sus cinco puertas, cuatro o cinco personas, sin discriminación de peso. O 250 dm³ de equipaje en el maletero.

Abierto a todos los vientos, al sol o a las estrellas, gracias a un techo descapotable desde el interior. Despreocupado como un chaval.

Maniobrable en ciudad, rápido aparcando y desaparcando, sabe comportarse en carretera.

Obstinado en las curvas, se agarra fuerte.

El Dyane-6, como ellos, se conforma con poco. Su consumo no sobrepasa los 6,5 litros de cada 100 kms. Vaya como vaya.

Y alegre al arrancar, por la mañana. A la primera siempre, sin poner pegas. Alegre también en sus nuevos y vibrantes colores.

Este es el coche, joven se mire por donde se mire. Abierto a todos los puntos de vista. Por eso también le gusta a los mayores con corazón joven.

Algunas innovaciones introducidas en el Dyane-6: Ventanillas delanteras descendentes. Sistema de seguridad en las cerraduras. Nuevo motor de 35 CV SAE con carburador de doble cuerpo.

Dyane 6. Para gente encantadora.

FINANCIACION SEFICITROËN



CITROËN ^ DYANE 6

de deseable de una mujer. De las mujeres no se espera ningún tipo de «potencia sexual». Un matrimonio entre una mujer vieja y un hombre joven subvierte la regla básica de las relaciones entre ambos sexos, a saber que el hombre siempre es el cónyuge dominante. A las mujeres se las considera como asociadas y compañeras de los hombres. En ningún caso pueden ser sus iguales, y menos aún superiores. La mujer ha de resignarse a un estado de dependencia permanente.

La convención según la cual la esposa debe ser más joven que el marido subraya la situación de «minoría» de la mujer, porque la superioridad de edad entraña poder y autoridad. No hay leyes a tal efecto, naturalmente. Si se obedece esta convención es porque lo contrario resulta feo o de mal gusto. Todo el mundo siente de modo intuitivo la justicia estética de un matrimonio en el que el esposo supera en años a la mujer. Todo el mundo se muestra «adicto» al placer visual que proporcionan las mujeres que se ajustan a determinadas exigencias estéticas de las que los hombres quedan exentos. Exigencias que obligan a la mujer a ocuparse constantemente de su físico, mientras que los hombres no tienen por qué preocuparse del paso de los años, pues el hecho de envejecer no supone estigma alguno para ellos. La situación en la cual las mujeres son consideradas menores durante toda su vida obedece a tales preferencias instintivas. Pero el gusto no es libre, y sus juicios no son exclusivamente «naturales». Las estructuras de poder se reflejan en las reglas que rigen el gusto. La repulsa hacia los signos de envejecimiento en la mujer constituye la prueba más clara de la existencia de unas estructuras opresivas (a menudo disfrazadas de galanterías) que tienen como objetivo el mantener a la mujer en su sitio.

La docilidad es el estado ideal de la mujer en nuestra sociedad, y la docilidad equivale a la minoría de edad. La mayoría de lo que se consideran cualidades «femeninas» no constituyen sino manifestaciones de un comportamiento infantil, inmaduro, débil. Resulta humillante para la mujer el que sea eso todo lo que espera de ella; la mujer es víctima de una especie de neocolonialismo moral, de una opresión particularmente aguda por parte del varón. Ahora bien, lejos de mostrar condescendencia hacia la mujer, apoyándose en esos valores que asegurarán su propio dominio, el varón llega incluso a repudiarla. Tal vez por haber sido sus opresores durante tanto tiempo, son muy pocos los hombres que sienten simpatía por la mujer (aunque puedan amar a mujeres individuales), son muy pocos los que se sienten a gusto en compañía femenina. Este malestar surge debido a la hipocresía reinante en las relaciones entre ambos sexos: los hombres llegan a amar a unos seres a los que dominan, y, por lo tanto, no respetan. Los opresores tratan siempre de justificar sus privilegios y brutalidades imaginándose que los opri-



El horror visceral que la sociedad siente ante el envejecimiento del cuerpo femenino encuentra reflejo en una demonología femenina cristalizada en una serie de caricaturas míticas, tales como la zorra, la virago, la vampirosa, la bruja... («Supersticiones», grabado de Goya.)

LA EDAD DE LA MUJER

midos pertenecen a un orden inferior dentro de la civilización, que son menos «humanos». Privados de la normal dignidad humana, los oprimidos adoptan una serie de rasgos «demoníacos». La opresión de grandes grupos humanos ha de estar profundamente arraigada en la psique, ha de ser constantemente renovada por temores y tabúes inconscientes por un determinado sentido de lo obscuro. Así, las mujeres no sólo provocan deseo y afecto en los varones, sino también un sentimiento de aversión. La mujer es una especie de diablo familiar totalmente domesticado, por más que en ciertas épocas y en ciertas situaciones pueda convertirse en un extraño, en un intocable. La repugnancia que sienten los hombres instintivamente se manifiesta con mayor franqueza, más abiertamente, en relación con el tipo de mujer más tabú desde el punto de vista estético: una mujer que, debido a los cambios naturales provocados por el paso del tiempo, se ha convertido en un ser obscuro.

NADA demuestra más claramente la vulnerabilidad de la mujer que el dolor, el desconcierto y la mala fe con que experimentan el paso de los años. Y en la batalla que libran actualmente algunas mujeres para que todas las de su sexo sean tratadas por los hombres (y también por las otras mujeres) como seres plenamente humanos, y no «sólo»

de los hombres, lo cierto es que no funcionaría si las mujeres no torpedearan. Las mujeres contribuyen a su buen funcionamiento con su complacencia, su angustia, sus mentiras.

Las mujeres mienten sobre su edad con mayor frecuencia que los hombres, y éstos se lo perdonan, confirmando así su propia superioridad. A un hombre que miente al decir su edad se le considera como un ser débil, poco viril. Una mujer que hace lo mismo se comporta «femeninamente». Cuando el hombre muestra indulgencia hacia las mentiras piadosas de la mujer, adopta una actitud paternalista. El mentir y el llegar tarde a las citas es un privilegio que concede el hombre a la mujer, algo que no tiene para él ninguna importancia moral. Una mujer no tiene por qué decir la verdad o llegar puntualmente a una cita, como no tiene por qué ser capaz de reparar o hacer funcionar una máquina o ser frugal o valiente. La mujer es un adulto de segunda clase. Se la educa para eso, y eso es lo que suele ser toda su vida. Mientras las mujeres aceptan los estereotipos de comportamiento «femenino» impuestos por los hombres, no podrán comportarse como adultos responsables e independientes.

La mayoría de las mujeres comparten el desprecio hacia las de su sexo, que queda de manifiesto en la discriminación entre hombres y mujeres en lo relativo a la edad, hasta el punto de que aceptan como natural su falta de amor propio. Las mujeres están tan acostumbradas a la protección de sus máscaras, sus sonrisas, sus mentiras piadosas, que sin ellas se sentirían totalmente vulnerables. Pero al protegerse como mujeres se traicionan a sí mismas como adultos. El hecho de negar su propia edad constituye el acto de corrupción por antonomasia en la mujer. Mediante ese acto, la mujer acepta simbólicamente todos los mitos que, bajo el pretexto de conceder a la mujer seguridades y privilegios, engendran una auténtica opresión y fomentan un descontento real. Cada vez que una mujer miente respecto a su edad, se convierte en cómplice de su propio subdesarrollo como ser humano.

A las mujeres les queda otra opción. Pueden aspirar a la sabiduría, y no sólo a la belleza; pueden aspirar a ser competentes, y no sólo útiles; a ser fuertes, y no sólo graciosas; a tener ambiciones propias, y no sólo en relación con sus maridos o hijos. Pueden aceptar con naturalidad y sin angustia la acción del tiempo sobre su propio cuerpo, desobedeciendo las convenciones derivadas de la discriminación existente al respecto en nuestra sociedad. En lugar de tratar de mantenerse niñas durante el mayor número de años posible, para convertirse de pronto, humillantemente, en mujeres maduras y luego, obscenamente, en viejas despreciables, pueden inaugurarse mucho antes como mujeres. Las mujeres no deberían tratar de ocultar las huellas que la edad va dejando en sus rostros. Las mujeres deberían decir la verdad. ■ S. S.